

Alejandra Borea

C u e r p o
d e a p u n t e s



FUERA DE LOS CONFINES

Colección de poesía digital

Æ
ALASTOR EDITORES

C u e r p o d e a p u n t e s



Alejandra Borea

C u e r p o d e a p u n t e s



ALASTOR EDITORES

FUERA DE LOS CONFINES

CUERPO DE APUNTES

Primera edición digital: julio de 2022

Libro electrónico disponible en: www.alastoreditores.com

© Alejandra Borea

Ilustraciones de cubierta y de interiores: Alejandra Borea

© ALASTOR S.A.C.

Para su sello editorial ALASTOR EDITORES

Av. Juan de Aliaga 564 Dpto. 1305, Magdalena, Lima - Perú

Telf.: 998388798

alastoreditores@gmail.com

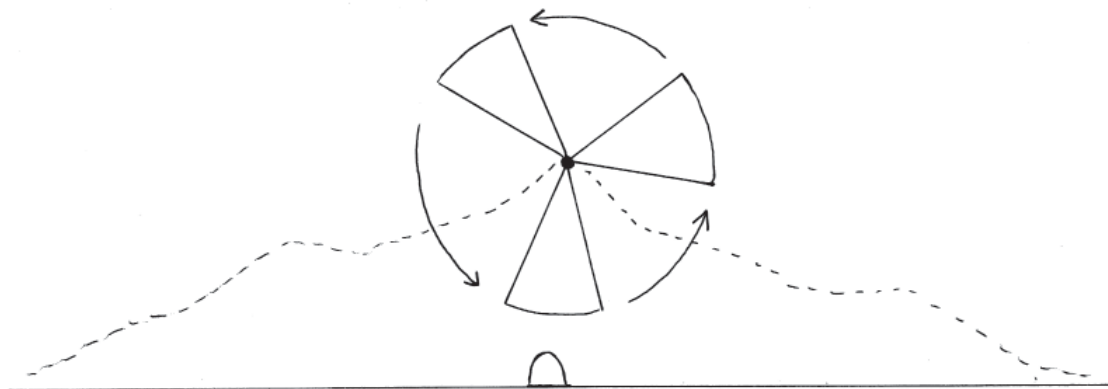
ISBN: 978-612-4294-39-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2022-05831

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso expreso de la autora y de los editores.

Todos los derechos reservados.

I.



Hacer de tres conceptos que organizan la experiencia una trenza

NARRAR – NARRADOR – NARRATIVA
EXTRAÑO – EXTRAÑAR(se) – EXTRAÑEZA
CUERPO – CORPÓREO – CORPOREIZAR



→ EXTRAÑAR(se) – CORPOREIZAR – NARRAR
del toda la
CUERPO – NARRATIVA – EXTRAÑEZA
siendo desde lo de lo
NARRADOR – EXTRAÑO – CORPÓREO

El cuerpo enfermo es un reclamo silencioso que nos retorna al origen visceral del lenguaje.

Si el cuerpo fuese tan sólido como una piedra
—impenetrable, hermético y completo—
no enfermaría
no podría decir nada más que sí mismo
no exigiría transfigurarse en poesía
callaría en coincidencia.

Las piedras todo lo saben,
ellas son tautológicas,
es ahí donde radica su secreto:
la piedra es piedra.

Este secreto se mantiene en los confines de la masa, pues
cuando la piedra se erosiona, fragmenta o desintegra
permanece piedra:
una partícula de piedra sigue siendo piedra entera;
nada se pierde.

Pero el cuerpo humano no es piedra.

En efecto, por más que los hombres hayan querido erigirse en estatuas de mármol, de oro o marfil, el cuerpo humano no es piedra:

Las estatuas de héroes de guerra replican los gestos viriles de todos los varones de la patria y del pensamiento y se convencen de su sólida consistencia. Este conjunto de ademanes confirma el ansia de poder como asunto eréctil y la memoria como historia única.

El peso de una civilización erguida, vertical y tirada-hacia-adelante ha pretendido taponear los incontables orificios que carcomen por dentro sus propios cimientos, dejándolos flácidos ante cualquier suspiro de magnitudes telúricas.

Las estatuas cantan odas a la vida con la espalda en alto,
sepultando bajo un cuerpo de roca el olvido, el deseo y el perdón.

Ante esos dioses macizos de cal y canto, tarareo mi idolatría privada.

La lá ruina tiene que acaecer por cuenta propia para que sea gozosa.

Opto por cantarle al olvido para que llegue pronto y se lo lleve todo, poder tejer y destejer mi mitología como quien juega con el hilo de Ariadne visualizando todas las prendas del mundo en una sola hebra.

La premisa radica en rendirse ante el milagro del cuerpo y apuesta por explorar todos mis, tus, nuestros agujeros hasta que la distinción entre interior y exterior se haga nimia: hacerme musa sin erigirme en estatua, aprender a ingerir y excretar como un movimiento único, descubrirme piel que se hace hábito hasta abandonarme a la costumbre, reanimarme en el hálito de la palabra.

Finalmente, defender la certeza terrenal que dicta que

el cuerpo humano es masa de barro y aire.

Y ante el peligro de calcificación inminente,
el aire sopla al barro para hacerse movimiento:
celebrar lo femenino de los cuerpos en su cualidad anfibia
ser alfarero y masa en perpetua generación.

Al encontrarse inadecuado en cada espiral que traza a su paso, este cuerpo poroso y flexible empieza a gozar de su propia ruina y a asumir la transfiguración como una danza de vacío.

Obra abierta:

la carne toma múltiples formas
barro y aire
se revuelven en una eterna invaginación
vasija en forma de herejía
que no traiciona la densidad de su flujo.

El flujo que discurre hace de la experiencia un río,
del río una narración,
la narración deviene mito,
canción de guerra o de cuna
que cántanse barro desde el aire
que son aire brotándose del barro.

El cuerpo es masa blanda y porosa. Las burbujas de su origen de barro hacen evidente que es también agujero de agujeros. Cual instrumento de viento, toda melodía es posible por los incontables orificios que, en sus combinaciones varias, proporcionan distintos tonos que cantan la raza humana.

Bajo las sombras de las estatuas erguidas ante marchas triunfales, solo los cuerpos porosos sienten el silbar del viento en los oídos.

Las estatuas macizas, por su parte, son siempre sordas.

En cuerpos impenetrables nada resuena.

En cuerpos impenetrables nada resuena.

En cuerpos impenetrables nada resuena.

La certeza traga toda duda: una piedra es una piedra, el oro es oro, la sal es la sal y la música no existe a quien no le presta oídos. Vale la pena descubrir los sonidos del viento y formarse, a prueba y error, en el arte de saber qué orificios tapar en el momento adecuado y cuáles dejar intactos.

El cuerpo es agujero
y el recorrer sus bordes y cavidades es asunto digno de relato épico.
¿Lograremos un tratado de paz con nuestros orificios?

El agujero es vía de origen y fuga de la expresión justa,
lugar liminal, ahí donde brota el balbuceo,
anida el deseo emerge desordenada
la palabra que retorna en forma de poesía fundacional:
lugar de lo intocable.

El agujero que motiva el discurrir de la expresión
marca también una inclinación en lo dicho,
constituye la fuerza centrífuga del velódromo del lenguaje
aceleración inminente
que hace de lo dicho un rodeo de la nada.

La relación con nuestros agujeros será, por consiguiente, un círculo que no se cierra
sobre sí, que cava una espiral profunda y se descentra de su propio eje.

Imposible frenar
de repente.

Entonces el diálogo con el cuerpo deviene monólogo del cuerpo mismo
y extrañado, enuncia en sus propios términos
yerra y acierta en un solo golpe autoinfligido

zds pum ay

Ahora bien, se hace evidente el carácter agónico de su relación metaestable de identidad y diferencia, extrañamiento y pertenencia; la potestad de hacer de la agonía una dinámica lúdica, más allá de la mera exploración dérmica, más acá del masoquismo.

Admitiremos la posibilidad de intimar con las extremidades,
manteniendo la tensión en carne viva entre lo próximo y lo distante
en un perpetuo ejercicio en sujeto-tácito-lera-persona que, enajenándose,
coquetea consigo mismo:

Gozo jugueteando conmigo en la expresión que se sincera y se reapropia de las formas imperfectas de aprender la propia anatomía: recorro la cartografía de una piel erosionada por cada monte y hoyuelo, hago de mis estrías ríos, todos mis lunares son punto y aparte, mis manchas son pinturas rupestres, el ombligo es cueva ignota

¡ay!

Hago de aquellas formaciones cutáneas, símbolos.

Estos símbolos me resituarán entre el cielo y la tierra y me harán reafirmar con más fuerza que
soy barro,
nada más;
barro que tiene a los nombres de su lado
(y al que el hálito de la enunciación impide hacerse cemento).

Queda finalmente, una precisión biológica de resonancias metafísicas:
A diferencia de algunas especies de insectos el cuerpo humano no se regenera.

A excepción de un vello, un diente de leche, una uña, perder un dedo, una pata, un brazo, un corazón, es inminente zozobra. Los miembros que se pierden en el camino serán trofeos de guerra para otros carroñeros, pero en nuestros bordes resentidos por el impacto y la pérdida, nosotros velamos sus fantasmas, cargándolos como tumores benignos inextirpables. Cual miembro fantasma de un herido de guerra, la falta hormiguea en las noches de luna y de la misma masa porosa surge la palabra. El cuerpo humano se regenera constantemente desde su centro vacío.

La expresión es tarea sin fin...

Mas la palabra que expresa será guerra perdida,
perpetua derrota por puesta de mano
que no llega a tocar ninguna superficie
(de todos modos, hay que estar preparados para perder la manicura).

Somos cuerpos de guerra que luchan contra el cauce de sus fluidos, viento y marea de cada aliento y saliva para encontrarse adecuados. Nuestros propios fantasmas nos protegen de la nostalgia de perdernos y nos ofrecen la calma agridulce. Estos fantasmas no le temen a los agujeros, pues son los propios agujeros que toman forma heroica para articular nuestra historia.

Incontables batallas por delante –batallas perdidas, héroes de guerra caídos y cabezas trofeo que persisten cantando en el silencio–, pero la esperanza de enunciar la aventura épica de perderse y reencontrarse en espirales a mano alzada permite enfrentar toda tripofobia.

Cada poro es una posible vía de escape.

Sin embargo,
persiste el encierro
(que roza con lo reconfortante,
dado que)
contención y expulsión van de la mano.

Esta narración forzosa, como voz que se canta una y otra vez; de forma obsesa, una y otra vez, da la razón a todos mis impulsos y todos mis pecados en un recorrido circularmente imperfecto; logra una alianza, una y otra vez, curando a través del perdón todo a su paso, sin penitencia alguna
pues susurrarse sus propios secretos no es pena que merezca castigo.

No hay tragedia ni gloria si nos aventuramos a abrazar cada uno de nuestros temblores.

Rendirse ante sí mismo es el único tratado de paz posible que admite la guerra:

pues en el centro de la agonía,
entre la pus y la excrecencia,
existe paz.

Abrazar la ruina para erigir un molino de viento.



Una dedicatoria atrasada*

A mi madre y sus juegos de palabras,
porque las terapias de lectoescritura y fonación
me enseñaron la importancia de cuidar el lenguaje,
acompañar el nacimiento corpóreo de cada palabra,
el enroscarse de la lengua,
el resguardar que las oraciones que estas forman
sean lo suficiente flexibles para insertarse cómodamente
en el remolino del oído.

Además, mamá,
me enseñaste a afinar la fonación de aquellos vocablos
por medio de los cuales el anhelo va a expresarse,
a rebelarme ante la gramática en pos del deseo,
a aliviar, a su vez, los dolores de parto del silencio
de los niños que quieren aprender a nombrar un mundo que los excede y,
finalmente –tal como los terapeutas de pareja–
a atender a la relación lenguaje-cosas,
matrimonio conflictivo que debe reencontrarse en el origen.
Silencio.

A Navarro,
por Patricio.

II.



Naturaleza muerta

A veces trago tierra a veces floto en agua
no sé si tengo raíces o branquias
pero he asumido el imperativo
de sentirlo todo a flor de piel,
y nunca dejar de oler a flores, siempre
morir, pudrirse, renacer
y oler a flores, siempre
realizar cambios de piel cada mes de julio,
como quien cambia de paños íntimos
en un dos-por-trés,
pero nunca dejar que la tristeza
sea sinónimo de pestilencia,
porque siempre flores,
incluso naturaleza muerta,
siempre flores

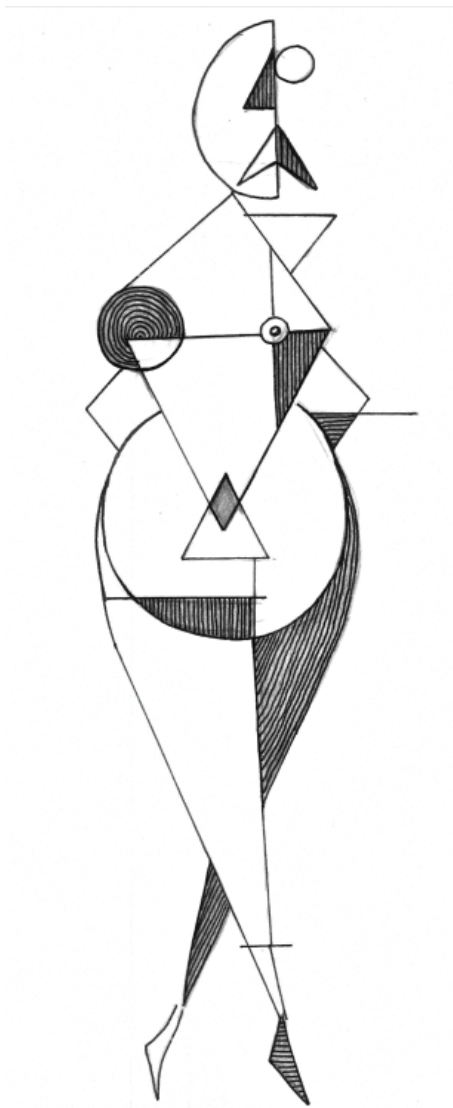


Descripción corta

Soy volcán, soy cometa, soy ramo de flores marchito
soy rata de alcantarilla
soy dentadura postiza
soy manos que se pellizcan y adormecen
soy tres chistes que no dan risa
soy balbuceo
soy conexión clandestina de internet
soy ataque de epilepsia
soy saludo sin respuesta
soy piscina inflable con orín de niño
soy muela de juicio
soy cartón corrugado
soy postura del misionero
soy rabieta de adulto independiente
soy cadera fracturada
soy pitido de corneta
soy malcriada
soy la cuarta letra del abecedario en Braille

soy propina de cortesía
soy gama de colores tierra de catálogo de temperas
soy ternura o pena
soy 100% poliéster
soy 5 para las 12 y no has llegado
soy piedra de terreno en litigio
soy brazo fantasma de un herido de guerra
soy pestaña en la sopa
soy todo lo gris del mundo contenido en un taper

soy buena intención



eVocación

¿Podrán los hombres de negocios convencerme
de que las leyes de oferta y demanda son esquivas a nuestros afectos?
¿Podrá un doctor enseñarme a ver mi cuerpo a la distancia
y tratarme de Ud. mientras me retuerzo mirándolo a los ojos?
¿Podrán los abogados decirme
cuál es la jurisdicción del corazón y en qué consiste su legítima defensa?
¿Podrá un juez sentenciarme a muerte cada día
para que mi conciencia del tiempo se ralentice y sea eterna?
¿Podrá un jardinero podar todos los pelos de mi cuerpo
mi espalda mis cejas mis pestañas mis brazos, mi pubis, mis piernas,
dejarme prístina e intocable, tabula rasa,
y sembrar un cactus en mi ombligo
que me permita siempre mantener mi distancia?

Mi distancia,

¿qué podría hacer yo?

Invoco al fémur:

¿Con qué hechizo doblar la corva en negativo,
correr hacia atrás y repetir cada accidente
solo para asegurarme que sí,
“fui yo”
?

Asiente el cúbito,

¿Con qué artificio aprenderé a silbar
por mi trompa de Falopio,
cantar los agudos de mi pulso
y hacer de mi ombligo un éxodo
para huir de manera prematura
antes de que la cosa se ponga fea?

“debo convencerme del funcionamiento mecánico de mi cuerpo”

Abrir la palma, activar el trapecio, arquear la columna

“debo convencerme del funcionamiento mecánico de mi cuerpo”

Empujar el suelo, ajustar los abdominales, contraer los tríceps

“debo convencerme del funcionamiento mecánico de mi cuerpo”

Separar hombros de mis orejas, el ojo del codo debe mirar hacia adelante
mecanismo de engranajes y poleas
cambemos de rumbo:

nombraré cada órgano y sus propiedades
hasta curarlo por medio de la repetición.

Llena de mí, posesa, obsesa,
guardando los huecos
conservando intacta la posibilidad de resonancia,
me haré texto que discurre por papel ahuesado
río que se recorre epidérmicamente
palpándose en cada apunte de autoconciencia
acorralándose hasta evaporarse en palabra
calcio fibroso
acariciándose hasta curvarse en costilla
y, en una maniobra temeraria,
volver al origen,
reposeerse en una mirada amable
tomando sana distancia
del propio eje

recuperar la empatía;
dejar de lado la desnudez para ser mera calatería
llevar a cabo una reconciliación con la columna
quebrarse en pedacitos
hasta hacerse invertebrado
desarmarse,
milésima de segundo,
como si nunca hubiese pasado

por aquí.

III.



Mitología en un safari

Cuando creo manejar las palabras como si fuesen mi vehículo para aproximarme a las cosas, tropiezo.

(Esta ciudad es hostil para quien no acelere en ámbar).

En un acto de rebeldía, doblo en todas las esquinas a paso firme y sin mirar, juego a no pisar las líneas de la acera, bailo en las farolas, cruzo las pistas en rojo, verde y amarillo: todo es cebra y los semáforos no me detienen.

Hablo mis pasos:

descubro el tiempo presente de cada acto, nombro cada cosa por su verbo y lo repito compulsivamente hasta hacer desaparecer el nombre. Me quedo con el acto y lo aprieto firme hacia mi pecho.

La compulsión nos redime: estoy aquí, huyendo hacia el reino de los cielos; estoy aquí, conjugando todos mis verbos en aoristo como promesa de vida eterna; estoy aquí y en todos lados como verboide.

Mis frases soy pisándome los talones, y mis talones son pasos desesperados que siguen a los hechos...

persiguen, corren, recorren

y corro, acelero, ralentizo, tropiezo, galopo y mi pelo se vuelve cresta

las calles se transfiguran,

devienen selva poblada de manadas de cuadrúpedos.

En ese atropello de polvo,
desperté, de repente, siendo centauro.
Olvidé toda hípica y el motivo de la carrera.
Era centauro sin dientes ni genitales,
mi virilidad y verbo mutilados
solo me quedaban algunas muelas que poco dicen,
(doblé la apuesta: continuaré confiando en la continuidad de las cosas)
solo me quedaban aquellas muelas que
chirrían rrugen rraspan rrasgan.
Y con esa última fuerza de erre, pude relinchar mi renuncia
me rendí a la fuerza.

Retornar a la partida
y empezar a morder con inocencia
cada superficie,
hacer evidente ese hueco ya inscrito en cada cosa,
sonriendo con la boca desdentada,
sentir la empatía de la carie
morder hasta extraer manjar de cada hueco
manjar lechoso que se hará hueso en cada lustro
con mucha carne por delante
para fortalecer la dentadura
aunque nadie nunca me mire el diente.



Dentadura de maicena

Siempre tuve una mordida débil.

Mis dientes eran demasiado pequeños y entre los dos frontales, un diastema.

Descubrí a los cinco años que mis dientes no eran de leche,

eran de maicena

(por eso las palabras, golosas, formaban caries hasta almacenarse en las encías rosas).

Traté de masticar la década

pero hacer de los 90s un bolo alimenticio es empresa difícil de tragar:

me prohibieron el chicle-de-a-sol,

el caramelo de arroz de chifa, los tofis, las frunas,

(todo lo pegadizo, azucarado y deseable, pues

los 90s no podían ser dulces *jamás*).

Me refugié en la sopa, puré y papilla

y yo no tenía hambre,

había bocas que todo lo tragaban, todo lo mordían

y yo no tenía hambre,

pues descubrí las groserías, golosinas para adultos

y yo no tenía hambre,

porque me las comía a escondidas sintiéndome niña mala

Y cuando me curaron las caries y cerraron mi diastema
llenaron todos los huecos
Pasé la lengua por cada diente,
me di cuenta de que los caninos me permitirían despedazarlo todo.
Mi boca estaba pulcra,
¿mis palabras estarían al fin completas?,
¿llegarían a nombrar las cosas de manera adecuada?
Mas no contaba con que mi lengua, claustrofóbica,
se enroscaría sobre sí,
donde el rizo le permite mantenerse húmeda
y cuidar la palabra de no revelarse de un solo golpe
y mma ma mmman tenerse segura
en el constante galopar salvaje de mi centauro.



A

Hay vocales agudas,
hay vocales graves,
como las teclas del piano,
las patologías,
y algunas situaciones,
de alta gravedad que me acontecen,
dolores agudos
que sólo se los confío a amigos cercanos:

mi nombre es Alejandra.

Y las palabras que inician con la letra a y o
se anuncian precedidas por una ola de silencio en mi boca.

Me cuesta esfuerzo pronunciarme,
(lástima que mi nombre sea Alejandra
y no Estela o Consuelo).

No puedo ser Anónima.
El anonimato no resuelve la pausa de mis oraciones.

La espera se hace eterna, angustiosa.
Y erosiona el anhelo de la comunicación rápida y efectiva
que el siglo XXI y el internet me habían prometido.

Sigo aquí y soy víctima de la oratoria.

No es un intento de introducir suspenso en lo que digo,
hacer una pequeña antesala,
causar un efecto retórico,
una gracia poética o un asunto de estilo.
Es, más bien, un grito de ayuda
que puede tardar varios segundos en tomar forma.

 A veces
es demasiado tarde.

Yazco a h ogada en los vórtices de las
vocales redondas,
 agujeros negros de la galaxia de habla,
que no me transportan hacia la cosa dicha.
Nada dicho es verdaderamente aprehensible.

La gravedad del asunto excede toda física,
y hace nimia la teoría y los preceptos de la fonética,
pues la tartamudez es vía láctea de sílabas,
un planeta una potencia
o solo un asteroide que no llega a ser

aún

palabra adecuada
en el momento preciso.

Y no hay alternativa:
ante el asombro de un mundo que me excede
nombro con pausa, pero cada vez más firme:
“no seré jamás víctima de mis circunstancias”
o de mis pulsiones.

Lo anal o lo oral son un único hueco en mi lengua.

(Debo admitir que
en un par de situaciones
me han colgado el teléfono por decir
“aló”
muy tarde.

Pensaron —en el otro lado de la línea—
que no estaba

pero estoy aquí

sigo aquí
sigo aquí) aún,
sigo.

El final nunca me ha preocupado.

Hay y ahí eran *ay*.

Busqué una alternativa oportuna:
me adiestré en el uso de sinónimos.

Era precavida:

veía “asimismo” y leía “también”

veía “orden” y leía “secuencia”

no hacía esperar a nadie.

.

Fui muy considerada con todos.

Quise reemplazar mi

“aló”

por Hola,

(pero lamentablemente, aunque muda
la ache no hace de lo horrible menos horrible).

Sigo aquí, Alejandra.

Llegaba siempre temprano,

con una puntualidad digna de un aumento

“excelente trabajadora del lenguaje”

y una precisión,

tan peligrosa,

digna de un despido arbitrario.

La a y la o me tenían recelo

Entonces,

aprendí a tejer:

a hilar las palabras para que estas tengan un inicio seguro

y así acertar

siempre.

Mi nombre esalejandra

y así puedordenar mis palabras.

El final nunca me ha preocupado.

Sin embargo, el hastío del habla persistía.

Quise desaparecer del mundo las palabras que agravaban
la angustia,
lo obvio
y el error.

Me di cuenta, entonces, que
la e, tercera vocal grave,
esajena a la gravedad del asunto

“E será entonces mi vocal preferida”
(muchas palabras hermosas empiezan con e:
esfinge, espiga, ébano, espejo)
...

Entonces a punto en mi block de notas:
“emitir (solo) palabras que empiecen con la letra e”.

Ellas emergen y hacen efecto inmediato:
ejecutan

¡zás!

Por eso me gustan.

Me h ago en estas vocales redondas,

y ya no seré Alejandra.

Pariré un nuevo vocabulario,

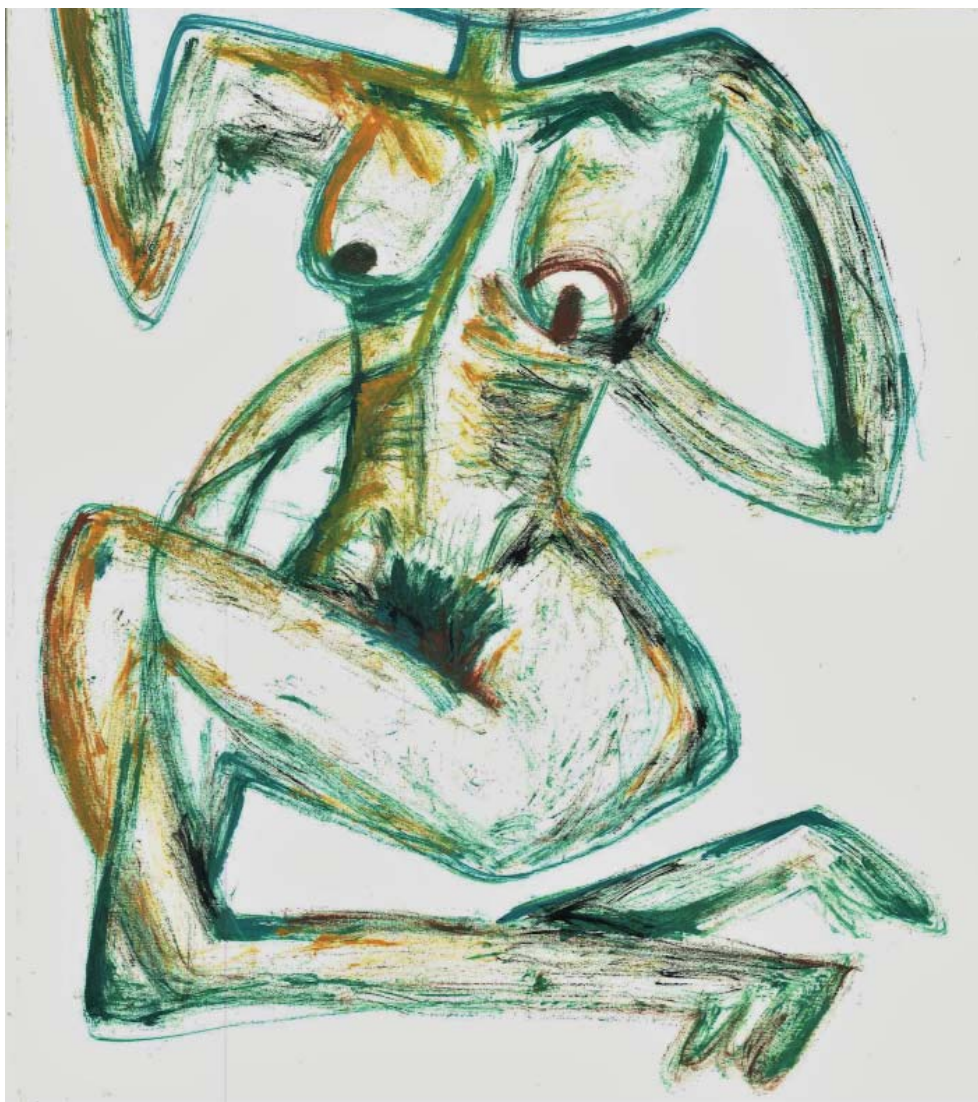
mi Edén privado

de expresiones justas.

Y enseguida, todo quedó en silencio.

(El final nunca me ha preocupado).

IV.



Mujeres en búsqueda de la circunferencia

La profunda escoliosis moral de una época cansada
me susurra al oído

“Los círculos no se bifurcan”

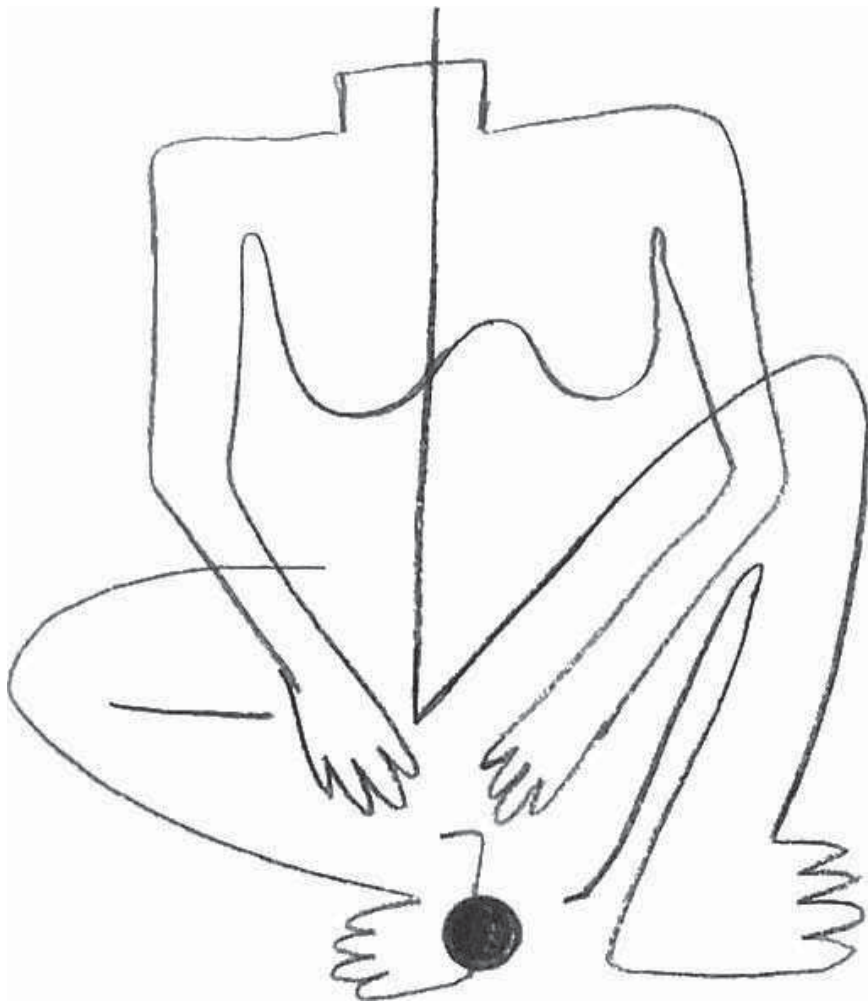
con aliento anémico,

“Los círculos no se bifurcan”

compás girando sobre un eje,

insisto

Los círculos no se bifurcan.

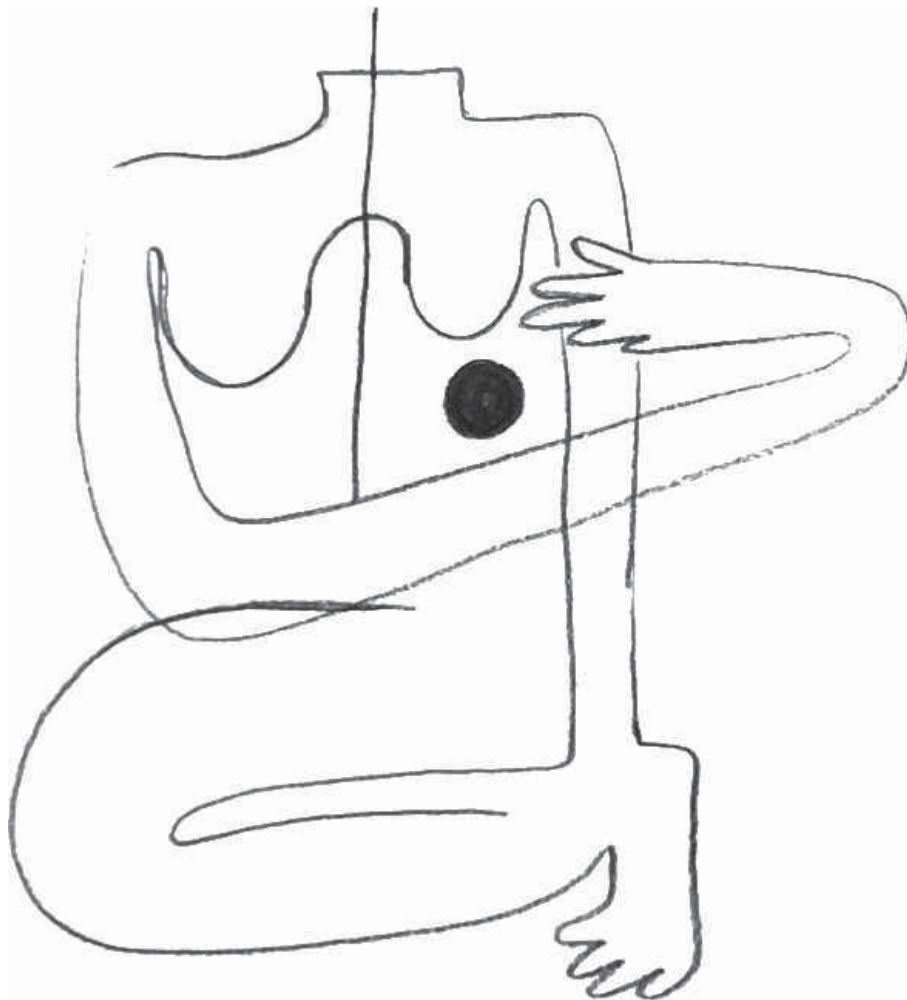


sin embargo, cada cierto tiempo, los círculos
se descentran compulsivamente de sí mismos
se hacen eclipse, se hacen polvo compulsivamente

pero solo así sobreviven, rodeándose a sí mismos,
compulsivamente,
resolviéndose en punto.

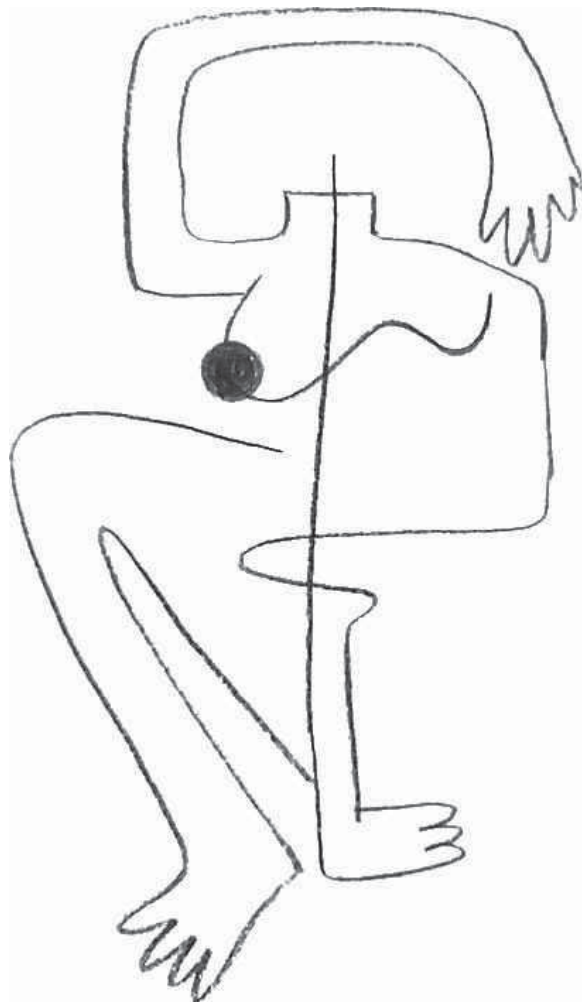
Fue ahí que mi certeza geométrica se hizo líquida
y se me rebeló el cuerpo por delante
deseé intensamente que mi columna se enrolle sobre sí
pero los abrazos no hacen más que reafirmar la distancia.

Se me hizo evidente que nunca fui círculo,
que el borde siempre tembló mi mano alzada



Y de repente, el ombligo no era el centro de mi cuerpo
la vulva se replegó y desapareció el borde entre sus labios,
sin dentro o fuera;
silenciándose a voluntad porque el agujero no es círculo y,
por tanto,
no persiste.

El ombligo nunca fue centro de mi cuerpo
los lunares eran cuarto menguante
las tetas devinieron óvalos,
se caen, se arrugan, se descolocan, inevitablemente
el ombligo era hueco.
¿Cómo podría haber sido círculo?



Y pese a todo, agradecí

—por primera vez—

no ser círculo.

Porque estos siempre sobreviven a cada una de sus catástrofes.

Solo así,

pude finalmente desmitificar la geometría que siempre se bifurca,

reconciliarme con un cuerpo anfibio que siempre se bifurca

y encontrar la eternidad en el instante del vértice que siempre se bifurca.

Cuerpo sentido, siempre participio,

lo siempre ya escapado es lo poco que conservo como mío

ido, amado, hablado, cogido, desgarrado, atravesado, extrañado.

Museología

“Alguna vez fui musa”,
matriarca septuagenaria,
esculpiré aquella certeza en piedra:
“Alguna vez fui musa,
sujeto y objeto
de mi obscena contemplación
¡hermosa juventud!”, meñique en alto,
incontables aventuras frente al espejo

¿La vulva es cóncava o convexa?

Ejercicios de desdoblamiento (más metafísicos que literarios):
elijo qué plegar, qué esconder y qué mantener a la intemperie
inspección y recuento de mis partes blandas
la vulnerabilidad molusca se refleja crustáceo para ojos ajenos:

errábamos,

Orgasmo y orín te eran lo mismo
y eso era lamentable,
tampoco sabíamos de límites

“fui musa”
me confirmo, me convenzo

volante de contención derecha,
primer puesto en la academia de Frieda Holler
mi especialidad era la correcta posición de los cubiertos

Y el incorrecto cruce de piernas,
porque hablo rápido y lo confieso todo sin haberlo cometido,
un pasado legendario de estrella de *spots* publicitarios,
artista cabaré en bares pestilentes, animadora de fiestas de estudios de abogados,
con el corazón intacto
a punta de buena impresión y colorete
ante la imposibilidad de liberar todos los pólipos por la boca.

Y, es verdad,
no me reconcilio aún con mis encantos.

“Alguna vez fui musa”
parecen turbios, ácidos y amarillentos por el paso del tiempo.

Pero en un par de lustros,
ya madura, cana y septuagenaria
volveré a serme musa
y a tocar con orgullo y con paciencia
todo lo prohibido en el manual de etiqueta
incluso las superficies corrosivas,

(la geografía de tu rostro)

y si me orino,
será por incontinencia.

Coger

Se cogen muchas cosas,
libros, herramientas, cubiertos;
nos enseñaron a coger correctamente el lápiz
para que nuestras palabras sean siempre legibles y pulcras
nos enseñaron a coger las copas con cuidado,
a no derramar el vino del vaso y a verlo siempre medio lleno
sonrisa, movimiento grácil de caderas, lábiles ademanes.
Sin embargo, nunca me enseñaron a coger ciertas cosas,
cosas fundamentales
coger una guitarra sin tensar el hombro,
coger un cuerpo caído,
coger una flor sin dañar sus pétalos.
No me enseñaron jamás la forma correcta de coger una nuca,
¿cuál es ese momento de justicia entre el ahorcamiento y el cariño?

Tampoco sé coger la mano,
cojo el codo y hace evidente mi torpeza,
mi falta de empatía.

Todo se me resbala en la mano que excreta, que suda,
¿se resbala la cosa cogida o la mano que coge?

Se me resbala el mismísimo coger entre las manos:

mi mano es otra

experiencia limítrofe,

paradoja constitutiva de la perceptibilidad.

Coger manos,

coger cuellos,

coger rostros,

coger a otros,

cojeos,

cojones,

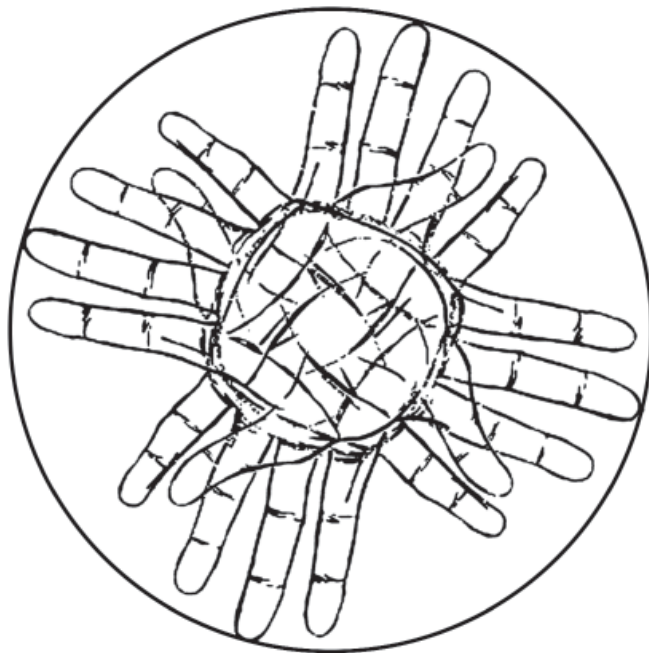
cojines,

coger confianza.





V.



Obsolescencia programada

Uno

Hice cálculos con mis utilidades, mis ahorros y mis garantías
lo que sobra, lo que falta y lo que hay
y lo he decidido:

compraré un nuevo par de manos.

Compraré un nuevo par de manos

aprenderé a contar nuevamente

una mano una palma cinco dedos

dos manos dos palmas diez dedos

expandiré mi reino de cinco en cinco

los múltiplos de diez serán mis fronteras

un nuevo par de manos

manos nuevas, de primera mano

tan pulcras y suaves

dignas de ser reverso de guante de seda.

Un nuevo par de manos

una talla más grande, talla M.

Reaprenderé a medir lo que puedo coger

y aquello que debo soltar
Compraré un nuevo par de manos,
cuyas líneas de aprehensión centrífugas

me lleven hacia lo que la mano indica-señala-apunta,
cuyas líneas de expresión centrípetas
hagan de mi mano imán de todo aquello que roza-aprieta-goza.

Podré tocar todo sin ponerle nombre
Manos mudas, sin líneas de expresión,
ilegibles para los videntes y curanderos
manos que no conozcan tiempo
manos que se gesten en un abrir y cerrar de puño inaugural
y que, porque son tiempo,
solo me digan la verdad:
“una mano es una mano”.

Donaré mis manos viejas
manos de segunda mano
huellas digitales tan arrugadas
hasta hacerse punto.

Manos perfumadas de partículas de ajo, lejía, semen, polvo y un poco de orín
demasiadas cosas señaladas,
quizás a alguien le hagan falta
alguien que conserve el ansia de superficies.

Mientras tanto, me lavo estas manos viejas
confirmando su vejez en las arrugas,
los pliegues con los que el agua hace de mis huellas digitales
uvas pasas.

Quiero lavarme las manos veinte segundos,
cuarenta segundos,
dos minutos,
cuarenta minutos
para comprobar si son realmente mías,
si no se descomponen, si no se me caen,
si siempre estuvieron ahí, si siempre fueron tan peligrosas.

Quizás ahora sea muy tarde para renovar mi alianza.

La neurosis ha devenido protocolo:
deshacerse del polvo, las partículas de culpa, la vergüenza.
Toda la suciedad de mi ciudad se refugia en las cutículas
...si siempre fueron tan peligrosas.

Lavar las manos hasta que el índice se resbale
y cada uno de los dedos caiga al lado del jabón
y la palma sea solo una palma, llena de espuma

Me duelen las manos
manos ansiosas sin manicura
sí, siempre fueron tan peligrosas
tiro la piedra y escondo mi mano

tiro la mano

tiro la mano

tiro la mano

quiero desprenderme

me es urgente, porque cargo piedra

es mi mano petrificada.

Dos

Por eso,
ya lo decidí,
compraré un nuevo par de manos
que vuelvan a descubrir
lo mojado del agua
lo caliente del fuego
lo mojado del fuego lo caliente del agua
manos inocentes más tocadas que tocantes.

Manos que se regeneren como un órgano engangrenado
por demasiado contacto con óxido y melancolía.

Quiero nuevas manos
con uñas de voluntad inquebrantable, rojo escarlata
o con escamas quizás, para sentir el desliz de las cosas
o plumas, como los pingüinos que, sin alzar vuelo,
resisten la crudeza del invierno.

Quiero nuevas manos,
que sean pies
para poder caminar de cabeza observando nuevos ángulos de rincones comunes
y, en todas las áreas de la casa
identificar el punto ciego
caminar de puntillas, sigilosamente

probando balance con el dedo meñique
en otras palabras, manos ingenuas,
manos en estado salvaje, donde todos los dedos valen lo mismo
manos sin tripartición inscrita en las falanges
manos que me permitan acariciar palabras, distinguir las ásperas de las lisas
manos que me permitan distinguir cuándo una fruta está buena
manos que me permitan distinguir si una persona es buena
manos que no conocen de medida, pulgadas, pies, solo palpan tamaños y formas
manos que puedan percibir la distancia que las separa,
así, el grosor de cada cuerpo se mide en su apapacho.

Manos tan nuevas,
sin pellejos sin promesas
que tocarán otras manos y se sentirán ajenas
que se tocarán a sí mismas y se sentirá ajenas
(Te di la mano, me cogiste el codo, el brazo, el hombro, la clavícula, llegaste,
otra mano.

Hicimos una ronda
entre tantas maneras de celebrar,
elegimos esa
pues
toda manifestación es una fiesta de manos
“alegría, alegría, alegría” es manía,
un rapto de manos).

Quiero nuevas manos,
tan pequeñas
minúsculas,
que desaparezcan cuando se hacen puño,
pero tan grandes
grandísimas
que tapen el sol con un dedo
y se haga de noche
para guardar sueño
en el punto ciego de la palma.

Mitomanía

SOL





LUNA

Fragmentos

I.

Me arranco los pellejitos de los dedos:
inicialmente aquellos que se asoman al lado de la uña,
luego los bordes de aquel lado y los lados del borde del lado
y los lados se convierten en lagos de piel enrojecida,
rojo dérmico, gradiente infinita entre granate y carmesí
¿Es ahí donde radican las emociones?

II.

Aprendo a fraccionar mis cinco dedos
hasta que el número desaparece.
En la proximidad del fuego o una presencia calcinante,
el rojo dérmico hierve con más fuerza por semejanza
Los lagos de fuego que marcan mis límites
despiertan cualquier volcán en reposo,
pequeño mapa dactilar, radar de altas magnitudes,
una sensibilidad al cuadrado:
siento más a medida que menos dedo tengo.

III.

El calor que siento y la piel que me queda
son relación inversamente proporcional
que pone la siguiente pregunta tangible sobre la mesa:
Si a menos dedo siento todo en carne viva,
entonces, ¿por qué la carne muerta que me envuelve?



IV.

Poco a poco mis dedos se hacen polvo,
borro los rastros de mis huellas digitales en las cosas
(para que nadie sepa que fui yo)
y en mis dedos
(para no saberme yo nunca).
Nunca yo.
El único dígito posible de mis dedos es el cero
y no deja huella alguna.

V.

Este desollamiento cómodo de las yemas me sugiere
ser valiente y cortar el dedo entero por pedacitos,
por pedazos, por dedos,
luego ver una palma blanca y ¡zás!
arrancar un brazo, un miembro
¡zás!,
una rebelión consecuente contra lo digital.

VI.

Y en aquel hueco que queda arde fuego tal,
que desborda y convoca a replicar la acción hacia abajo,
descubrir mi pozo a tierra, comprobar mis raíces:
desde cada dedito de los pies, corto todo lo que sobra
la vulva, en tajadas; la cabeza, la cerceno
(¡qué disfrute de venganza!, ¿seguiré siendo yo quien goza?)

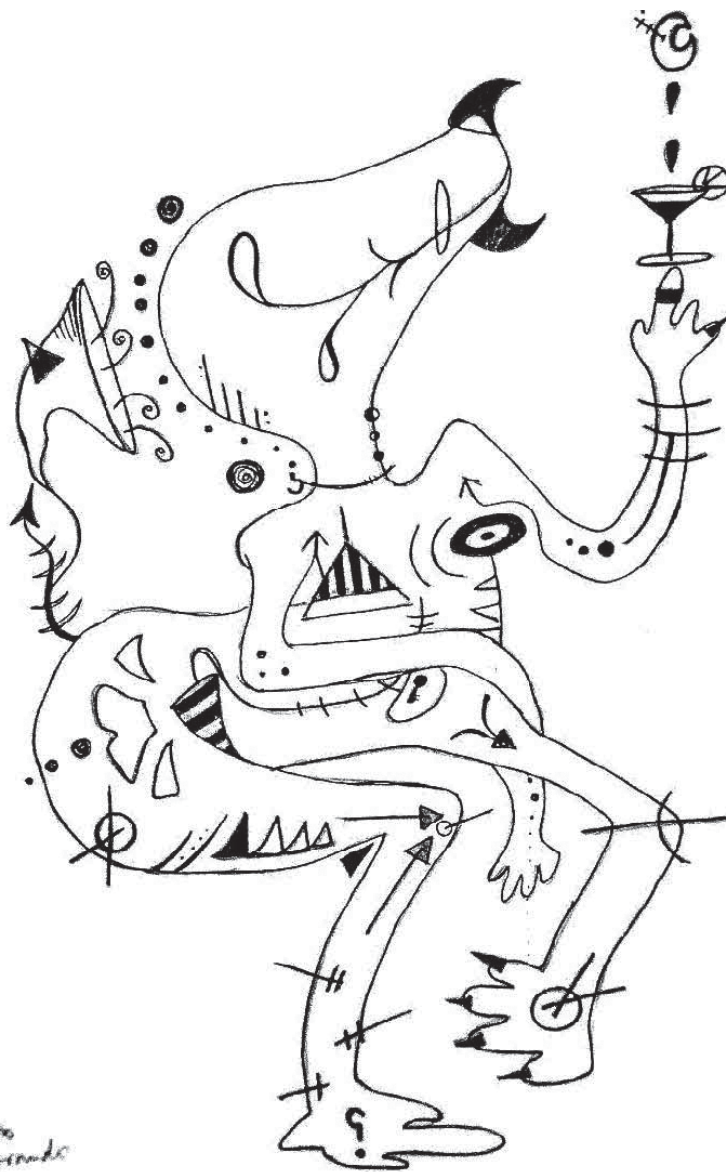


VII.

Solo queda la mano derecha y soy zurda,
la lengua zezea y
¡zás!
justo cuando pensé que sentiría más que nunca
ese calor de carne bruta,
me di cuenta de que el frío no es ausencia de calor,
que el calor que me quemaba en exceso, bordeando lo absurdo,
era una gélida y humeante escalera de caracol,
caparazón de hielo seco.

Imperativo:

consentirme en mis zonas de placer y dolor
a punta de carne viva, a punta de cada dedo
sintiendo todo, dejándome sentir por todo,
sin dejar huella,
haciéndome imperceptible;
rasgar las capas de la epidermis
y de la dermis
y del sentir
sin dejar huella,
porque ya no queda más del sentir
a sentir por sentir y del sentir
no queda.



tonho
grande

Sincerarse con la mano que exprime

Una verdad palmaria es que siempre hemos contado solo hasta el número cinco; todo lo demás es producto de sumas. Si el tacto queda muy corto ante el vasto mundo de lo tangible, las tablas de multiplicar nos han ofrecido duplicar triplicar quintuplicar nuestro contacto con las cosas, hacer de mis cinco dedos, tentáculos, ramas, fractales, y podrán ser diez, veinticinco, cincuenta, cien, mil, un millón. Podrán mis dedos crecer exponencialmente hasta que el mundo entero esté en la palma de mi mano y causar un cataclismo al instante del aplauso.

“Del lat. *digitālis*.

1. adj. Perteneciente o relativo a los dedos.

2. adj. Referente a los números dígitos”

Dedo y decir vienen de la misma raíz: indicar, apuntar. No obstante, del dedo al decir

hay más que una encadenación anatómica de distancia

(un brazo,

un pecho,

un cuello

y una boca).

i.

El dedo índice es el que indica, el que señala, el que apunta. Por largo tiempo, fue y es aún para muchos, la encarnación de la función estilizada y vertical del lenguaje. Sin embargo, equiparar un dedo ágil a un paradigma lingüístico peca de un exceso de confianza.

Al poner el dedo en la llaga, lo más doloroso para quienes apreciábamos la verticalidad y firmeza del índice es reconocer (con la cabeza gacha) que apuntar la cosa no es asirla y que, entre la punta del dedo y la cosa habrá siempre distancia.

Este espaciamento se da como la famosa flecha de Zenón, avanzando siempre y poco a poco hacia el objeto apuntado, atravesando la mitad de la distancia y la mitad de la mitad y la mitad de la mitad de la mitad, hasta que solo quedaron migajas de espacio que no calmaron hambre alguna.

Mas la hambruna de palabra es condición más profunda que las distancias geopolíticas, pues –aunque el trato humano difiera según nuestra elección de palabras y la reserva disponible– las palabras nos tratan a todos por igual, les somos

indiferentes. Por ello las palabras nunca se nos hacen presente de forma completa y son mezquinas con todos sus hablantes. Tal como el tacto nunca es contacto directo, las palabras solo se acercan a las cosas como imanes con cargas iguales, alejándolas a su paso.

Al querer decir las “verdades de las cosas”, los hechos, las evidencias, los juicios, ignoramos que la única verdad, latiendo subcutánea y sostenidamente como tumor en reposo, está en el roce. Es un sentir tan sutil, casi metafísico, que abre la sospecha de si ha existido contacto alguno.

Por tanto, el dedo índice no señala cosas, sino que señala el *espaciamiento entre las cosas*. Aunque uno trate de superar la paradoja de Zenón al dejar crecer la uña, el espaciamiento es inevitable –incluso, la uña muy larga, se enrosca sobre sí y termina

rascando la propia piel hasta quebrarse–. Siempre que haya un dedo que apunta, un apunte, una punta, hay siempre una distancia: si no entre la uña y lo señalado, entre el dedo y la uña –la cual no es más que su prolongación o esperanza–.

Nombrar no radica en el acto de apuntar ni una propiedad esencial de lo apuntado. El dar nombre es hacer existir en el mundo de la lengua una manifestación dada en otro plano. Será, entonces, la carne prolongándose hacia afuera –fuera del “yo” o la huella digital–, haciéndose sutil, extendiéndose hasta hacerse distinta, elevándose al plano sutil y burbujeante de la palabra.

Así como todo el por decir está potencialmente dibujado en los ejes cardinales del dedo, todo lo dicho se materializa en la escama rosa de células muertas. La expresión (presión-hacia-afuera) es una tarea siempre recomenzada desde la cutícula hacia el precipicio, piedra de Sísifo.

(Por ello los ansiosos nos comemos las uñas, porque sabemos que no podremos raspar con ella un significado completo, no podemos arañar la cosa y, en consecuencia, no tiene sentido dejarlas crecer. Este actuar es una resignación caníbal y queja ante un lenguaje ruidoso de pocas nueces, que, sin embargo, disfrutamos roer. Y cuando no quede más uña, quedará siempre dedo, o palma, o brazo, o pecho, hasta llegar al corazón).

Si la ciencia del lenguaje no es suficiente, podemos volver a la ciencia de la uña, si se refuta

la ciencia de la uña, podríamos revisar la teoría del dedo; si esta teoría no es sólida, examinaremos sus articulaciones y, plegando las falanges hasta hacerlo flexible, se convertirá en un mito: un mito que dicta que, algún día, cuando el índice, sol del sistema dactilar, implosiona, salpicará fonemas irreconocibles para toda la raza humana que lo dirán todo lo sido lo siendo lo será.

ii.

El dedo medio adquiere popularidad por su posición intermedia entre los otros cuatro dedos; es aquel imponente que se ubica en el centro y le gana a todos por media cabeza. Mas, prepotente en su posición, el “dedo medio” que poca humildad simboliza, lleva también el nombre de “dedo cordial”.

Pongamos las manos sobre el fuego: los números impares nos son incómodos y activan los nervios de nosotros los neuróticos que tan contentos hubiésemos estado con el cuatro, paridad en condiciones de laboratorio. Pero si lo cercenamos y lo aislamos a su propia suerte, ¿se convertirá el dedo medio en índice? ¿devendrá indicio de que alguna vez hubo aquí una mano? Si lo mantenemos en la cuenta, deberemos aceptar lo impar como elemento desestabilizante en cualquier utopía democrática. Si lo incorporamos, pero mantenemos su diferencia, extendiéndolo mientras sus semejantes se repliegan, obtendremos una señal de insulto. La molestia al articularlo en solitario no es más que el indicador de nuestro patológico ser cordial.

iii.

El dedo anular es dedo anulado, falto de carácter, carente de protagonismo.

Es antítesis del índice: todo lo que el índice apunta, habla, señala, nota, el anular lo calla.

Nadie señala con el anular.

El dedo anular es incluso más difícil de aislar que el dedo medio. Duele mucho separarlo del resto de la mano, es un dedo dependiente. Ocupa, sin embargo, un lugar protagónico en un instante especial de la vida adulta moderna: la recepción de un aro. Aunque no es dedo índice, sí es indicador de un contrato, de un estatuto, de una condición. La primera mitad de su vida táctil es la expectación del anillo y la segunda mitad consiste en acostumbrarse a una circulación limitada de la sangre o de la voluntad.

Hablamos de un dedo ajustado, que luce su collarín como piedra preciosa, encontrando el equilibrio entre el tibio confort de la vida conyugal adulta y la inminente amenaza de gangrena.

iv.

El dedo chiquito es el meñique, el menino (del portugués “pequeño”, “niño”).

Este dedito es el apéndice de la mano.

Se dice que está condenado a desaparecer en el rumbo de la evolución darwiniana por su impracticidad. Pero ¿qué haríamos sin dedo pequeño? Despedirlo sería amputarle a la

mano su cualidad de ternura; sería rendirnos ante la utilidad y dejar de lado la pequeñez, la ligereza, la fragilidad, la vulnerabilidad.

Es el dedo que menos peso carga, que poco ejecuta, pero el que más fácilmente se quiebra.

El meñique es, además, el que sirve para las tareas inmundas. Se introduce con cuidado y control en ciertas cavidades, apuntando cierto aquello que no se quiere señalar, sino olvidar o desechar (por ello el índice no se usa para indicar estas tareas de vergüenza, dado que ello equivaldría a reintroducir su presencia). La palpación y extirpación de la propia excreta de nuestro cuerpo es una labor tan menina como gigante, ¡puño en alto!

v.

El pulgar, dedo utilizado para matar a las pulgas en la antigüedad, ejecuta todas las operaciones de la mano por inminente oposición. El resto de los dedos son tripartitos y no soportan la dualidad que el pulgar impone. Ellos son sostenidos, articulados, erigidos por tres falanges, mientras que Pulgar, con sus dos falanges da la contra, se opone a los demás para guardar la mano.

Es soporte y guardián de que el poder no se nos resbale, que se mantenga humildemente en la disposición de la palma para prestarse al prójimo.





Vuelta a la manzana

Las memorias son memos, mementos, momentos registrados como planos de filme barato que reproduce secuencialmente elementos significantes en mentes privadas, una memotecnia de las emociones
cual catálogo de manzanas.

Los recuerdos, por el contrario, son vivencias que, efímeras, persisten.

Son fantasmas que se aferran a nuestro pecho
enredaderas que enroscan todo a su paso,
haciendo del corazón, cuello y boca un bulto informe.

Como manadas de animales,
marcando territorio,
los recuerdos recorren una y otra vez
marcando territorio,
el corazón,
marcando territorio,
asegurándose mantener fiel
mi pulso acelerado.

Del latín *cordis*,
re-cordaris es volver a pasar por el corazón;
por ello, cada vuelta a la manzana,
cada discordia, cada vuelta al *cordis*
es partir el corazón en dos
mantener vibrantes sus filamentos
y reencontrarse en cada mordisco arenoso
sobrevolando cualquier dicotomía

La desaceleración del corazón es un asunto forzoso
(hay que respetar la aorta
como vía única de retorno,
reafirmación del recuerdo)
conservar caliente la certeza del origen:



Último día en el jirón Navarro

2.12.2018

Cardíaco

No estoy segura de qué pasó en la batalla de Waterloo,
ni cómo calcular la hipotenusa.
No domino la técnica de la manicura a pulso firme,
no sé cuándo la leche ya está mala,
ni dónde se encuentra el punto de fuga en una sonrisa.
No sé si la Av. Angamos es inherentemente horizontal o vertical,
no puedo decir a ciencia cierta por qué ronco por las noches
ni cuánto suman las raíces cuadradas de un arbusto marchito.
Desconozco los héroes y villanos de todas las historias alguna vez contadas,
(siempre otorgo el beneficio de la duda).
La única certeza que se me impone es que
tengo un corazón
(o un marcapasos al que le llamo corazón,
un cuatro-cuartos,
un diagnóstico: taquicardia,
una válvula escondida,
un mal trago de por vida,
una urgencia que no toma forma,

una colonia de mariposas que excedieron el estómago,
quizás polillas hechas carne,
palpitaciones de todo lo no dicho,
un diccionario de emociones en lengua extranjera,
un gas que quiere salir por la boca,
una probabilidad de infarto,
una falta que me late a 100 por minuto).

Consuelo

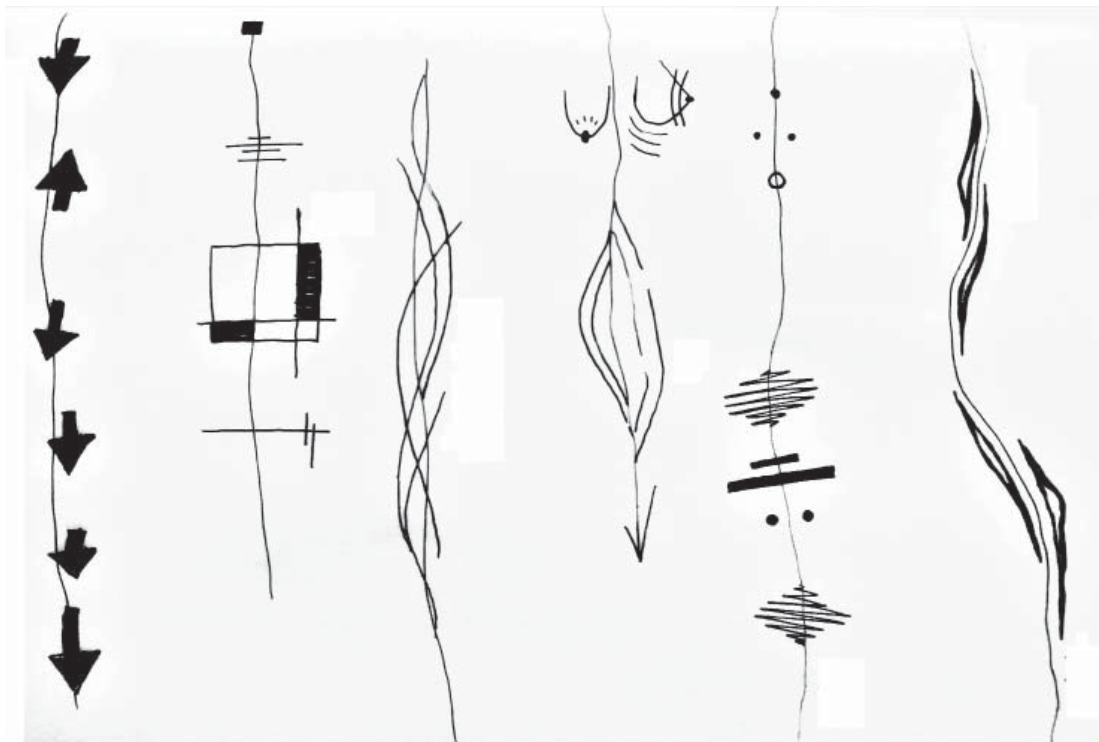
Mi abuela se llamaba Consuelo. Era dueña del jardín, del caracol y sus arabescos, conocedora del dominó y de los abrazos, matriarca de la entrada, sopa, segundo y postre, defensora del lonche y su recuerdo,

Concho, ¡quién hubiera sabido que eras la única respuesta posible ante la nostalgia!

Pero te esfumaste tan pronto, cuando solo tenía 7 años y aún no podía silbar.

Preservo el misterio, aún no sé silbar, porque quizás cuando aprenda, también aprenda el Consuelo, y el dominó y el jardín se vuelvan mapa y bosque y pueda salir de este laberinto con el alma intacta, o, en su defecto, intocable.





Seis formas de caer de un precipicio

Epílogo

El punto de inflexión es el lomo

Caer

subiendo y bajando al mismo tiempo, coqueteando con la gravedad del
asunto

suavizando las leyes de la física y haciendo de la geometría un Mondrian barato

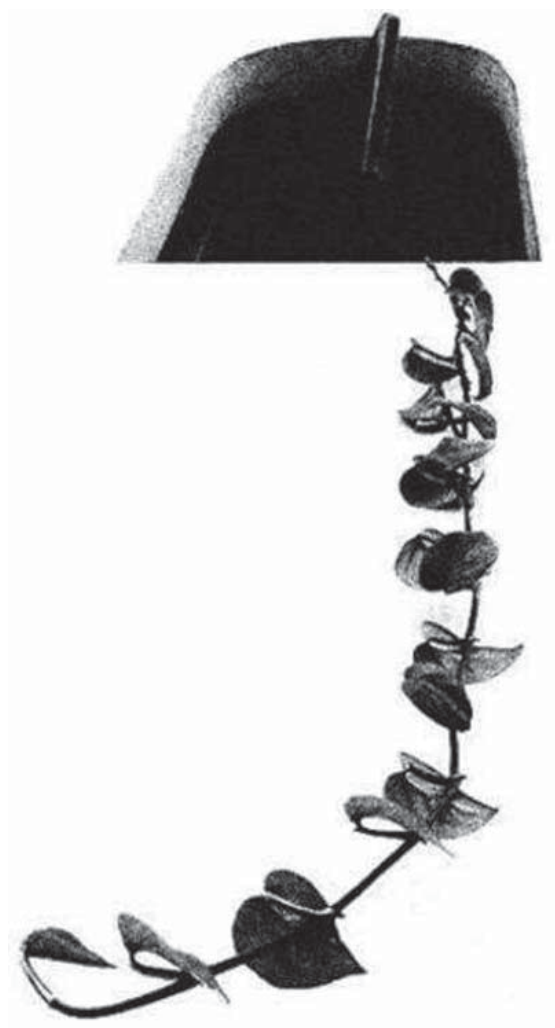
retorciéndome en el aire, prolongando la sensualidad
cual danza de apareamiento

haciendo de mi recorrido una partitura que solo los sordos podrán oír
cerrando heridas, dejando cicatrices

al paso,
para nuevamente cometer cada uno de mis errores al retornar a la cima
preservando la inocencia
recordar siempre quién soy,

aunque aún no lo sepa.

Caída libre,
porque grito,
y nada resuena en el aire
si la carne no presta el alma



ÍNDICE

I	
Hacer de tres conceptos que organizan la experiencia una trenza	6
Una dedicatoria atrasada	18
II	
Naturaleza muerta	20
Descripción corta	21
eVocación	24
III	
Mitología en un safari	29
Dentadura de maicena	32
A	34
IV	
Mujeres en búsqueda de la circunferencia	43
Museología	50
Coger	52

V

Obsolescencia programada

Uno 57

Dos 61

Fragmentos 66

Sincerarse con la mano que exprime 74

VI

Vuelta a la manzana 82

Cardíaco 85

Consuelo 87

Epílogo

El punto de inflexión es el lomo 89

Colección de poesía digital: *Fuera de los confines*

1. Luz Ascárate. *Lo irreal intacto en lo real devastado*
2. Guadalupe García Blesa. *Parto contemporáneo*
3. Gloria Alvitres. *Canción y vuelo de Santosa*
4. Alejandra Borea. *Cuerpo de apuntes*

Alejandra Borea

Cuerpo de apuntes

Alejandra Borea (Lima, 1993). Magíster en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Perú e investigadora en los campos de la filosofía del arte, fenomenología y filosofía del cuerpo. Ha formado parte de diversos proyectos musicales en Lima y reside en Berlín, en donde desarrolla actualmente un proyecto de arte sonoro (Ale Borea) y es percusionista de la agrupación «Las brumas». Ha publicado ensayos sobre filosofía y música, y poemas en la revista literaria *Lucerna*. *Cuerpo de apuntes* es su primer poemario.



Alejandra Borea

FUERA DE LOS CONFINES
Colección de poesía digital



Æ
ALASTOR EDITORES